

celente es una alhaja rarísima; y yo me conformo con su dictámen, porque, si se mira bien, ¿dónde se encuentra, entre tantas coplas como salen á luz, una sola que, dejando otras muchas calidades, sea juntamente natural y sublime, dulce y eficaz, ingeniosa, clara, brillante sin afectación, sonora sin turgencia, armoniosa sin impropiedad, corriente sin tropiezo, delicada sin melindre, valiente sin dureza, hermosa sin afeite, noble sin presunción, conceptuosa sin obscuridad? Casi osaré decir, que quien quisiera hallar un poeta que haga versos de este modo, le busque en la region donde habita el fénix.

Por lo ménos en España, segun todas las apariencias, hoy no hay que buscarle, porque está la poesía en un estado lastimoso. El que ménos mal lo hace (exceptuando uno ú otro raro), parece que estudia en cómo lo ha de hacer mal. Todo el cuidado se pone en hinchar el verso con hipérbolos irracionales y voces pomposas; con que sale una poesía hidrópica confirmada, que da asco y lástima verla. La propiedad y naturalidad, calidades esenciales, sin las cuales, ni la poesía ni la prosa jamas pueden ser buenas, parece que andan fugitivas de nuestras composiciones. No se acierta con aquel resplandor nativo que hace brillar el concepto; ántes los mejores pensamientos se desfigurán con locuciones afectadas, al modo que cayendo el aliño de una mujer hermosa en manos indiscretas, con ridículos afeites se le estraga la belleza de las facciones.

Esto en general de la poesía española moderna; pero la peor es la que se oye en las cantilenas sagradas. Tales son, que fuera mejor cantar coplas de ciegos, porque al fin estas tienen sus afectos devotos, y su misma rústica sencillez está en cierto modo haciendo señas á la buena intencion. Toda la gracia de las cantadas que hoy suenan en las iglesias, consiste en equívocos bajos, metáforas triviales, retruécanos pueriles; y lo peor es, que carecen enteramente de espíritu y mocion, que es lo principal ó lo único que se debiera buscar. En esta parte han pecado aún los buenos poetas. Don Antonio de Solís fué sin duda nobilísimo ingenio, y que entendió bien todos los primores de la poesía, excediéndose á sí mismo, y excediendo á todos, en pintar los afectos con tan propias, íntimas y sutiles expresiones, que parece que los da mejor á conocer su pluma que la experiencia. Con todo, en sus letrillas sacras se nota una extraña decadencia, pues no se encuentra en ellas aquella nobleza de pensamientos, aquella delicadeza de expresiones, aquella mocion de afectos, que se halla á cada paso en otras poesías líricas suyas; y no es porque le faltase númen para asuntos sagrados, pues sus endechas á la conversion de san Francisco de Borja son lo mejor que hizo, y acaso lo más sublime que hasta ahora se ha compuesto en lengua castellana.

Creo que esto ha dependido de que, así Solís como otros poetas de habilidad, á estas letrillas que se hacen para las festividades, las han mirado como cosa de ju-

guete, siendo así, que ninguna otra composicion pide atenderse con tanta seriedad. ¿Qué asunto más noble que el de estas composiciones, donde ya se elogian las virtudes de los santos, ya se representa la excelencia de los misterios y atributos divinos? Aquí es donde se habian de esforzar más los que tienen númen. ¿Qué empleo más digno de un genio ventajoso que pintar la hermosura de la virtud, de suerte que enamore; representar la fealdad del vicio, de modo que horrorice; elogiar á Dios y á sus santos, de forma que el elogio encienda á la imitacion y al culto? Lo grande de la poesía es aquella actividad persuasiva, que se mete dentro de la alma, y mueve el corazón hácia la parte que quiere el poeta. Este no es juego de niños, dice nuestro Mabilon hablando de la poesía; mucho ménos será juego de niños la poesía sagrada. Con todo, la que se canta en nuestras iglesias no es otra cosa.

Aun aquellos cuyas composiciones se estiman, no hacen otra cosa que preparar los conceptillos que les ocurren sobre el asunto, y aunque no tengan entre sí union de respeto ó conducencia á algun designio, los distribuyen en las coplas; de modo que todo lo que se llama dicho ó concepto, aunque uno vaya para Flándes y otro para Marruecos, se hace que éntre en el contexto; y como cada copla diga algo (así se explican), aunque sea sin mocion, espíritu ni fuerza, más es, aunque sea sin orden, ni direccion á fin determinado, se dice que es buena composicion, siendo así, que ni merece nombre de composicion, como no merece el nombre de edificio un monton de piedras, ni el nombre de pintura cualquiera agregado de colores.

La sentencia aguda, el chiste, el donaire, el concepto, son adornos precisos de la poesía; pero se han de ver en ella, no como que son buscados con estudio, sí como que al poeta se le vienen á la mano. El ha de seguir su camino segun el rumbo propuesto, echando mano sólo de aquellas flores que encuentra al paso, ó que nacen en el mismo camino. Así lo hicieron aquellos grandes maestros, los Virgilio, los Ovidios, los Horacios y cuanto tuvo de ilustre la antigüedad en este arte. Hacer coplas, que no son más que unas masas informes de conceptillos, es una cosa muy fácil, y juntamente muy inútil, porque no hay en ellas, ni cabe, alguno de los primores altos de la poesía. ¿Qué digo, primores altos de la poesía? Ni aún las calidades que son de su esencia.

Pero aún no he dicho lo peor que hay en las cantadas á lo divino; y es que, ya que no todas, muchísimas están compuestas al genio burlesco; ¡con gran discrecion por cierto, porque las cosas de Dios son cosas de entremés! ¿Qué concepto darán del inefable misterio de la Encarnacion mil disparates puestos en las bocas de Gil y Pascual? Déjolo aquí, porque me impaciento de considerarlo. Y á quien no le dionáre tan indigno abuso por sí mismo, no podré yo convencerle con argumento alguno.

PARALELO DE LAS LENGUAS CASTELLANA Y FRANCESA.

§ I.

Dos extremos, entrambos reprehensibles, noto en nuestros españoles, en orden á las cosas nacionales: unos las engrandecen hasta el cielo; otros las abaten hasta el abismo. Aquellos, que ni con el trato de los extráneros, ni con la letura de los libros, espaciaron su espíritu fuera del recinto de su patria, juzgan que cuanto hay de bueno en el mundo está encerrado en ella. De aquí aquel bárbaro desden con que miran á las demas naciones, asquean su idioma, abominan sus costumbres, no quieren escuchar, ó escuchan con irrision, sus adelantamientos en artes y ciencias. Bástales ver á otro español con un libro italiano ó francés en la mano, para condenarle por genio extravagante y ridículo. Dicen que cuanto hay de bueno y digno de ser leído, se halla escrito en los dos idiomas latino y castellano; que los libros extráneros, especialmente franceses, no traen de nuevo sino bagatelas y futilidades; pero del error que padecen en esto, dirémos algo abajo.

Por el contrario, los que han peregrinado por várias tierras, ó sin salir de la suya, comerciado con extráneros, si son picados tanto cuanto de la vanidad de espíritus amenos, inclinados á lenguas y noticias, todas las cosas de otras naciones miran con admiracion, las de la nuestra con desden. Sólo en Francia, pongo por ejemplo, reinan, segun su dictámen, la delicadeza, la policía, el buen gusto: acá todo es rudeza y barbarie. Es cosa graciosa ver á algunos de estos nacionalistas (que tomo por lo mismo que antinacionales) hacer violencia á todos sus miembros, para imitar á los extráneros en gestos, movimientos y acciones, poniendo especial estudio en andar como ellos andan, sentarse como se sientan, reirse como se rien, hacer la cortesía como ellos la hacen, y así de todo lo demas. Hacen todo lo posible por desnaturalizarse, y yo me holgaria que lo lograsen enteramente, porque nuestra nacion descartase tales figuras.

Entre estos, y aún fuera de estos, sobresalen algunos apasionados amantes de la lengua francesa, que, prefiriéndola con grandes ventajas á la castellana, ponderan sus hechizos, exaltan sus primores, y no pudiendo sufrir ni una breve ausencia de su adorado idioma, con algunas voces que usurpan de él, salpican la conversacion, aún cuando hablan en castellano. Esto, en parte, puede decirse que ya se hizo moda; pues los que hablan castellano puro, casi son mirados como hombres del tiempo de los godos.

§ II.

Yo no estoy reñido con la curiosa aplicacion á instruirse en las lenguas extráneras. Conozco que son ornamento, aún cuando estén desnudas de utilidad. Veo que se hicieron inmortales en las historias Mitridates,

rey de Ponto, por saber veinte y dos idiomas diferentes; Cleopatra, reina de Egipto, por ser su lengua, como llama Plutarco, órgano en quien, variando á su arbitrio los registros, sonaban alternativamente las voces de muchas naciones; Amalásunta, hija de Teodorico, rey de Italia, porque hablaba las lenguas de todos los reinos que comprendia el imperio romano. No apruebo la austeridad de Caton, para quien la aplicacion á la lengua griega era corrupcion digna de castigo, ni el escrupuloso reparo de Pompilio Leto, que huía como de un áspid del conocimiento de cualquiera voz griega, por el miedo de manchar con ella la pureza latina.

A favor de la lengua francesa se añade la utilidad, y aún casi necesidad de ella, respecto de los sujetos inclinados á la letura curiosa y erudita. Sobre todo género de erudicion se hallan hoy muy estimables libros escritos en idioma francés, que no pueden suplirse con otros, ni latinos ni españoles. Pongo por ejemplo: para la historia sagrada y profana no hay en otra lengua prontuario equivalente al gran *Diccionario histórico de Moreri*; porque el que desea un resumen de los hechos de algun sugeto, ignorando la era en que floreció, en defecto del *Diccionario histórico*, será menester revolver muchos libros con gran dispendio de tiempo, y en el *Diccionario*, siguiendo el orden alfabético, al momento halla lo que busca. Asimismo, para la geografía son prontísimo socorro los *Diccionarios geográficos* de Miguel Baultrand y Tomas Cornelio; cuando hablando estos, el que quiere instruirse de las particularidades de alguna ciudad, monte ó rio, si ignora la region donde están situados, habrá de revolver muy de espacio los agigantados volúmenes de Gerardo Mercator, Abraham Ortelio, Bleu, Sanson ó Da-Fer.

De la física experimental, que es la única que puede ser útil, se han escrito en el idioma francés muchos y curiosos libros, cuyas noticias no se hallan en otros. *La Historia de la Academia real de las Ciencias* es muy singular en este género, como tambien en infinitas observaciones astronómicas, químicas y botánicas, cuyo cúmulo no se encontrará, ni su equivalente, en libro alguno latino, mucho ménos en castellano.

De teología dogmática dieron los franceses á luz en el patrio idioma preciosas obras. Tales son algunas del famoso Antonio Arnaldo, y todas las del insigne obispo meldense, Jacobo Benigno Bossuet, especialmente su *Historia de las variaciones de las iglesias protestantes* y la *Exposicion de la doctrina de la Iglesia Católica sobre las materias de controversia*; escritos verdaderamente incomparables, y que redujeron más herejes á la religion verdadera, que todos los rigores justamente practicados con ellos por el gran Luis XIV; en que no se deroga á la grande estimacion que se merecen los inmortales escritos del cardenal Belarmino y otros controversistas anteriores. Ni estos hacen evitar la necesidad de aquellos, porque los nuevos efugios

que despues de Belarmino discurrieron los protestantes, y las variaciones ó novedades que introdujeron en sus dogmas, precisaron á buscar contra ellos otras armas, ó por lo ménos á dar nuevos filos á las que estaban depositadas en los grandes armamentarios de los controversistas antecedentes.

Para la inteligencia literal de toda la Escritura Sagrada, reina hoy en la estimacion de todos los profesores la admirable exposicion, que poco há dió á luz el sapientísimo benedictino don Agustín Calmet, como un magisterio destilado á la llama de la más juiciosa crítica de cuanto bueno se había escrito en todos los siglos anteriores sobre tan noble asunto. En que logró también el padre Calmet la ventaja de aprovecharse de las nuevas luces, que en estos tiempos adquirió la geografía, para ilustrar muchos lugares ántes poco entendidos de la Escritura.

Para el más perfecto conocimiento del poder, gobierno, religion y costumbres de muchos reinos distantes, nadie negará la gran conducencia de las relaciones de *Tabernier*, *Tevenot* y otros célebres viajeros franceses. Otros muchos libros hay escritos en el vulgar idioma de la Francia, singulares cada uno en su clase, ó para determinada especie de erudicion, como las *Noticias de la república de las letras*, las *Memorias de Trevoux*, el *Diario de los sabios de Paris*, la *Biblioteca oriental de Herbelot*, etc.

Así que, el que quisiere limitar su estudio á aquellas facultades que se enseñan en nuestras escuelas, lógica, metafísica, jurisprudencia, medicina galénica, teología escolástica y moral, tiene con la lengua latina cuanto ha menester. Mas para sacar de este ámbito ó su erudicion, ó su curiosidad, debe buscar como muy útil, si no absolutamente necesaria, la lengua francesa. Y esto hasta para que se conozca el error de los que reprueban como inútil la aplicacion á este idioma.

§ III.

Mas no por eso concederémos, ni es razon, alguna ventaja á la lengua francesa sobre la castellana. Los excesos de una lengua respecto de otra pueden reducirse á tres capítulos: *propriedad*, *armonia* y *copia*. Y en ninguna de estas calidades cede la lengua castellana á la francesa.

En la propiedad juzgo, contra el comun dictámen, que todas las lenguas son iguales en cuanto á todas aquellas voces que específicamente significan determinados objetos. La razon es clara, porque la propiedad de una voz no es otra cosa que su específica determinacion á significar tal objeto; y como esta es arbitraria ó dependiente de la libre voluntad de los hombres, supuesto que en una region esté tal voz determinada á significar tal objeto, tan propia es como otra cualquiera que le signifique en idioma diferente. Así, no se puede decir, pongo por ejemplo, que el verbo frances *tromper* sea más ni ménos propio que el castellano *engañar*; la voz *rien*, que la voz *nada*. Puede haber entre dos lenguas la desigualdad de que una abunde más de voces particulares ó específicas. Mas esto en rigor será ser más copiosa, que es capítulo distinto, quedando

iguales en lo propiedad en órden á todas las voces específicas que haya en una y otra.

De la propiedad del idioma se debe distinguir la propiedad del estilo, porque esta dentro del mismo idioma, admite más y ménos, segun la habilidad y genio del que habla ó escribe. Consiste la propiedad del estilo en usar de las locuciones más naturales y más inmediatamente representativas de los objetos. En esta parte, si se hace el cotejo entre escritores modernos, no puedo negar que por lo comun hacen ventaja los franceses á los españoles. En aquellos se observa más naturalidad; en estos más afectacion. Aun en aquellos franceses que más sublimaron el estilo, como el arzobispo de Cambray, autor del *Telémaco*, y Madalena Scuderi, se ve que el arte está amigablemente unido con la naturaleza. Resplandece en sus obras aquella gala nativa, única hermosura con que el estilo hechiza á el entendimiento. Son sus escritos como jardines, donde las flores espontáneamente nacen; no como lienzos, donde estudiosamente se pintan. En los españoles, picados de cultura, dió en reinar de algun tiempo á esta parte una afectacion pueril de tropos retóricos, por la mayor parte vulgares, una multitud de epítetos sinónimos, una colocacion violenta de voces pomposas, que hacen el estilo, no gloriosamente majestuoso, sí asquerosamente entumecido. A que añaden muchos una temeraria introduccion de voces, ya latinas, ya francesas, que debieran ser decomisadas como contrabando del idioma, ó idioma de contrabando en estos reinos. Ciertamente en España son pocos los que distinguen el estilo sublime del afectado, y muchos los que confunden uno con otro.

He dicho que por lo comun hay este vicio en nuestra nacion; pero no sin excepciones, pues no faltan españoles que hablan y escriben con suma naturalidad y propiedad el idioma nacional. Sirvan por todos y para todos de ejemplares don Luis de Salazar y Castro, archivo grande, no ménos de la lengua castellana antigua y moderna en toda su extension, que de la historia, la genealogía y la crítica más sábia, y el mariscal de campo, vizconde del Puerto, que con sus excelentes libros de *Reflexiones militares* dió tanto honor á la nacion española entre las extranjeras. No nace, pues, del idioma español la impropriedad ó afectacion de algunos de nuestros compatriotas, sí de falta de conocimiento del mismo idioma, ó defecto de genio, ó corrupcion de gusto.

§ IV.

En cuanto á la armonia, ó grato sonido del idioma, no sé cuál de dos cosas diga, ó que no hay exceso de unos idiomas á otros en esta parte, ó que no hay juez capaz de decidir la ventaja. A todos suena bien el idioma nativo, y mal el forastero, hasta que el largo uso le hace propio. Tenemos hecho concepto de que el alemán es áspero, pero el padre Kircher, en su *Descripcion de la torre de Babel*, asegura, que no cede en elegancia á otro alguno del mundo. Dentro de España parece á castellanos y andaluces humilde y plebeya la articulacion de la *jota* y la *g* de portugueses y gallegos. Pero los franceses, que pronuncian del mismo modo,

no sólo las dos letras dichas, mas tambien la *ch*, escuchan con horror la articulacion castellana que resultó en estos reinos del hospedaje de los africanos. No hay nacion que pueda sufrir hoy el lenguaje que en ella misma se hablaba doscientos años há. Los que vivian en aquel tiempo, gustaban de aquel lenguaje, sin tener el órgano del oido diferente en nada de los que viven ahora; y, si resucitasen, tendrían por bárbaros á sus propios compatriotas. El estilo de Alano Chartier, secretario del rey Carlos VII de Francia, fué encanto de su siglo; en tal grado, que la princesa Margarita de Escocia, esposa del Delfin, hallándole una vez dormido en la antesala de palacio, en honor de su rara facundia, á vista de mucha córte, estampó un ósculo en sus labios. Digo que en honor de su rara facundia, y sin intervencion de alguna pasion bastarda, por ser Alano extremadamente feo; y así, reconvenida sobre este capítulo por los asistentes, respondió, que había besado, no aquella feísima cara, sino aquella hermosísima boca. Y hoy, tanto las prosas como las poesías de Alano, no pueden leerse en Francia sin tedio, habiendo variado la lengua francesa de aquel siglo á este mucho más que la castellana. ¿Qué otra cosa que la falta de uso convirtió en disonancia ingrata aquella dulcísima armonía?

De modo que puede asegurarse que los idiomas no son ásperos ó apacibles, sino á proporcion que son ó familiares ó extraños. La desigualdad verdadera está en los que los hablan, segun su mayor ó menor genio y habilidad. Así entre los mismos escritores españoles (lo mismo digo de las demás naciones) en unos vemos un estilo dulce, en otros áspero; en unos enérgico, en otros lánguido; en unos majestuoso, en otros abatido. No ignoro que en opinion de muchos críticos hay unos idiomas más oportunos que otros para exprimir determinados afectos. Así se dice, que para representaciones trágicas, no hay lengua como la inglesa. Pero yo creo, que el mayor estudio que los ingleses, llevados de su genio feroz, pusieron en las piezas dramáticas de este carácter por la complacencia que logran de ver imágenes sangrientas en el teatro, los hizo más copiosos en expresiones representativas de un coraje bárbaro, sin tener parte en esto la índole del idioma. Del mismo modo la propiedad que algunos encuentran en las composiciones portuguesas, ya oratorias, ya poéticas, para asuntos amatorios, se debe atribuir, no al genio del lenguaje, sino al de la nacion. Pocas veces se explica mal lo que se siente bien; porque la pasion, que manda en el pecho, logra casi igual obediencia en la lengua y en la pluma.

Una ventaja podrá pretender la lengua francesa sobre la castellana, deducida de su más fácil articulacion. Es cierto que los franceses pronuncian más blando, los españoles más fuerte. La lengua francesa (digámoslo así) se desliza, la española golpea. Pero, lo primero, esta diferencia no está en la substancia del idioma, sino en el accidente de la pronunciacion; siendo cierto que una misma diction, una misma letra, puede pronunciarse ó fuerte ó blanda, segun la vária aplicacion del órgano, que por la mayor parte es voluntaria. Y así, no faltan españoles que articulen con mucha suavidad, y aun creo, que casi todos los hombres de alguna policía

hoy lo hacen así. Lo segundo, digo, que aun cuando se admitiese esta diferencia entre los dos idiomas, más razon habria de conceder el exceso al castellano, siendo prenda más noble del idioma una valentía varonil que una blandura afeminada.

Marco Antonio Mureto, en sus *Notas sobre Catulo*, notó en los españoles el defecto de hablar hueco y fanfarron: *More patrio in stans buccis loquentes*. Yo confieso que es ridiculez hablar hinchiendo las mejillas, como si se inspirase el aliento á una trompeta, y en una conversacion de paz entonar la solfa de la ira. Pero este defecto no existe sino en los plebeyos, entre quienes el esfuerzo material de los labios pasa por suplemento de la eficacia de las razones.

§ V.

En la copia de voces (único capítulo que puede desigualar substancialmente los idiomas) juzgo que excede conocidamente el castellano al francés. Son muchas las voces castellanas que no tienen equivalente en la lengua francesa, y pocas he observado en esta que no le tengan en la castellana. Especialmente de voces compuestas abunda tanto nuestro idioma, que dudo que le iguale aun el latino ni otro alguno, exceptuando al griego. El canciller Bacon, ofreciéndose hablar (1) de aquella versatilidad política que constituye á los hombres capaces de manejar en cualquiera ocurrencia su fortuna, confiesa, que no halla en alguna de las cuatro lenguas, inglesa, latina, italiana y francesa, voz que signifique lo que la castellana *desenvoltura*. Y acá estamos tan de sobra, que para significar lo mismo tenemos otras dos voces equivalentes: *despejo* y *desembarazo*.

Nótese que en todo género de asuntos escribieron bien algunas plumas españolas sin mendigar nada de otra lengua. La elegancia y pureza de don Carlos Coloma y don Antonio de Solís, en materia de historia, no tiene que envidiar á los mejores historiadores latinos: las empresas políticas de Saavedra fundieron á todo Tácito en castellano, sin el socorro de otro idioma. Las teologías expositiva y moral se hallan vertidas en infinitos sermones de bello estilo. ¿Qué autor latino escribió con más claridad y copia la mística, que santa Teresa? ¿Ni la escolástica en los puntos más sublimes de ella, que la madre Maria de Agreda? En los asuntos poéticos, ninguno hay que las musas no hayan cantado con alta melodía en la lengua castellana. Garcilaso, Lope de Vega, Góngora, Quevedo, Mendoza, Solís y otros muchos, fueron cisnes sin vestirse de plumas extranjeras. Singularmente se ve, que la lengua castellana tiene para la poesía heroica tanta fuerza como la latina en la traduccion de Lucano, que hizo don Juan de Jáuregui; donde aquella arrogante valentía, que aun hoy asusta á los más apasionados de Virgilio, se halla con tanta integridad trasladada á nuestro idioma, que puede dudarse en quién brilla más espíritu, si en la copia, si en el original. Ultimamente, escribió de todas las matemáticas, estudio en que hasta ahora se habian

(1) De *iter. rerum*, capítulo xxxviii.

descuidado los españoles, el padre Vicente de Toska, corriendo su dilatado campo, sin salir del patrio idioma. En tanta variedad de asuntos se explicaron excelentemente los autores referidos, y otros infinitos que pudiera alegar, sin tomar ni una voz de la lengua francesa. Pues ¿á qué propósito nos la introducen ahora?

El empréstito de voces que se hacen unos idiomas á otros, es sin duda útil á todos, y ninguno hay que no se haya interesado en este comercio. La lengua latina quedaria en un árido esqueleto si le hiciesen restituir todo lo que debe á la griega; la hebrea, con ser madre de todas, de todas heredó despues algunas voces, como afirma san Jerónimo: *Omnium penè linguarum verbis utuntur hebræi* (1). Lo más singular es, que siendo la castellana que hoy se usa, dialecto de la latina, se halla que la latina mendigó algunas voces de la lengua antigua española. Aulo Gelio, citando á Varron, dice que la voz *lincea* la tomaron los latinos de los españoles (2); y Quintiliano, que la voz *gurdus*, que significa hombre rudo ú e corta capacidad, fué trasladada de España á Roma: *Et gurdos, quos pro stolidis accipit vulgus, ex Hispania traxisse originem audivi* (3).

Pero cuando el idioma nativo tiene voces propias, ¿para qué se han de substituir por ellas las del ajeno? Rídiculo pensamiento el de aquellos que como notaba Cieeron en un amigo suyo, con voces inusitadas juzgan lograr opinion de discretos: *Qui rectè putabat loqui esse inusitate loqui* (4). Ponen por medio el no ser entendidos, para ser reputados por entendidos; cuando el huirse con voces extrañas de la inteligencia de los oyentes, en vez de avocindarse en la cultura, es, en dictamen de san Pablo, hospedarse en la barbarie: *Si nesciero virtutem vocis, ero ei, cui loquor, barbarus: et qui loquitur, mihi barbarus*.

A infinitos españoles oigo usar de la voz *remarcable* diciendo: *Es un suceso remarcable, una cosa remarcable*. Esta voz francesa no significa más ni menos que la castellana *notable*; así como la voz *remarque*, de donde viene *remarcable*, no significa más ni menos que la voz castellana *nota*, de donde viene *notable*. Teniendo, pues, la voz castellana la misma significacion que la francesa, y siendo por otra parte más breve y de pronunciacion ménos áspera, ¿no es extravagancia usar de la extranjera, dejando la propia? Lo mismo puedo decir de muchas voces que cada dia nos traen de nuevo las gacetas.

La conservacion del idioma patrio es de tanto aprecio en los espíritus amantes de la nacion, que el gran juicio de Virgilio tuvo este derecho por digno de capitularse entre dos deidades, Júpiter y Juno, al convenirse en que los latinos admitiesen en su tierra á los troyanos:

Sermonem Ausonium patrium, moresque tenebunt.

No hay que admirar, pues la introduccion del lenguaje forastero es nota indeleble de haber sido vencida la nacion á quien se despojó de su antiguo idioma. Primero se quita á un reino la libertad que el idioma. Aun cuando

(1) In cap. vii, Isai.

(2) Noct. Attic., lib. xv, cap. iii.

(3) Lib. i, Instit. Orat., cap. ix.

(4) Lib. iii, De Orat.

se cede á la fuerza de las armas, lo último que se conquista son lenguas y corazones. Los antiguos españoles, conquistados por los cartagineses, resistieron constantemente, como prueba Aldrete en sus *Antigüedades de España*, la introduccion de la lengua púnica. Dominados despues por los romanos, tardaron mucho en sujetarse á la latina. ¿Dijémos que son legítimos descendientes de aquellos los que hoy, sin necesidad, estudian en afrancesar la castellana?

En la forma, pues, que está hoy nuestra lengua, puede pasar sin los socorros de otra alguna. Y uno de los motivos que he tenido para escribir en castellano esta obra, en cuya prosecucion apenas habrá género de literatura ó erudicion que no se toque, fué mostrar que, para escribir en todas materias, basta por sí sólo nuestro idioma sin los subsidios del ajeno, exceptuando empero algunas voces facultativas, cuyo empréstito es indispensable de unas naciones á otras.

§ VI.

Aunque el motivo porque hemos discurrido en el coitejo de la lengua castellana con la francesa, no milita, respecto de la italiana, porque esta aún no ganó la aficion, ni se hizo en España de la moda; la ocasion convida á decir algo de ella, y juntamente de la lusitana, por comprender en el paralelo, para satisfaccion de los curiosos, todos los dialectos de la latina.

He dicho por comprender todos los dialectos de la latina, porque aunque estos vulgarmente se reputan ser no más que tres, el español, el italiano y el frances, el padre Kircher, autor desapasionado (5), añade el lusitano, en que advierto se debe incluir la lengua gallega, como en realidad indistinta de la portuguesa, por ser poquísimas las voces en que discrepan, y la pronunciacion de las letras en todo semejante; y así se entienden perfectamente los individuos de ambas naciones, sin alguna instruccion antecedente.

Que la lengua lusitana ó gallega se debe considerar dialecto separado de la latina, y no subdialecto ó corrupcion de la castellana, se prueba, á mi parecer, con evidencia del mayor parentesco que tiene aquella que esta con la latina. Para quien tiene conocimiento de estas lenguas no puede haber duda de que por lo comun las voces latinas han degenerado ménos en la portuguesa. Está no pudiera ser si la lengua portuguesa fuese corrupcion ó subdialecto de la castellana; siendo cierto que con cuantas más mutaciones se aparta una lengua de la fuente, tanto se aleja más de la pureza de su origen.

Si por el mayor parentesco que tiene un dialecto con su lengua original, ó menor desvío que padeció de ella, se hubiese de regular su valor entre todos los dialectos de la latina, dariamos la preferencia á la lengua italiana, y en segundo lugar pondriamos la portuguesa. A algunos les parecerá deber hacerse así, porque siendo una especie de corrupcion aquella declinacion que insensiblemente va haciendo la lengua primordial hácia su dialecto, parece se debe tener por ménos corrompido, y por consiguiente por ménos imperfecto, aquel dialecto en quien fué menor el desvío.

(5) De turri Babel, lib. iii, cap. i.

Sin embargo, esta razon tiene más apariencia que solidez. Lo primero, porque la corrupcion de que se habla no es propia, sino metafóricamente tal. Lo segundo, porque aunque pueda llamarse corrupcion aquel perezoso tránsito con que la lengua original va declinando al dialecto, pero despues que este, logrando su entera formacion, está fijado, ya no hay corrupcion, ni aún metafórica. Esto se ve en las cosas físicas, donde aunque se llama corrupcion, ó se asienta que la hay, en aquel estado vial con que la materia pasa de una forma á otra; pero cuando la nueva forma se considera en estado permanente, ó *in facto esse*, como se explican los filósofos de la escuela, nadie dice que hay entónces corrupcion, ni el nuevo compuesto se puede llamar en alguna manera corrompido. Y así, como á veces sucede que, no obstante la corrupcion que precedió en la introduccion de la nueva forma, el nuevo compuesto es más perfecto que el antecedente, podria tambien suceder que, mediante la corrupcion del primer idioma, se engendrara otro más copioso y más elegante que aquel de donde trae su origen.

Por este principio, pues, no se puede hacer juicio de la calidad de los dialectos. Y excluido este, no veo otro por donde, de los tres dialectos en cuestion, se deba dar preferencia á alguno sobre los otros. Páreceme que la lengua italiana suena mejor que las demas en la poesia; pero tambien juzgo que esto no nace de la excelencia del idioma, si del mayor genio de los naturales, ó mayor cultivo de este arte. Aquella fantasía, propia á animar los rasgos en la pintura, es, por la simbolizacion de las dos artes, la más acomodada á exaltar los colores de la poética: *Ut pictura poesis erit*. Despues de los poemas de Homero y Virgilio, no hay cosa que iguale en el género épico á la *Jerusalen* del Tasso.

Los franceses notan las poesías italiana y española de muy hiperbólicas. Dicen que las dos naciones dan demasiado al entusiasmo, y por excitar la admiracion, se alejan de la verosimilitud. Pero yo digo, que quien quiere que los poetas sean muy cuerdos, quiere que no haya poetas. El furor es la alma de la poesia. El rapto de la mente es el vuelo de la pluma: *Impetus ille sacer, qui vaturn pectora nutrit*, dijo Ovidio. En los poetas franceses se ve, que por afectar ser muy regulares en sus pensamientos, dejan sus composiciones muy lánguidas; cortan á las musas las alas, ó con el peso del juicio les abaten al suelo las plumas. Fuera de que, tambien la decadencia de sus rimas es desairada. Pero la crisis de la poesia se hará de intento en otro tomo.

COROLARIO.

Habiendo dicho arriba por incidencia que el idioma lusitano y el gallego son uno mismo, para confirmacion de nuestra proposicion, y para satisfacer la curiosidad de los que se interesaren en la verdad de ella, expondrems aquí brevemente la causa más verisimil de esta identidad.

Es constante en las historias que el año cuatrocientos y poco más de nuestra redencion, fué España inundada de la violenta irrupcion de godos, vándalos, suevos, alanos y selingos, naciones septentrionales; que de estos, los suevos, deba de la conducta de su rey Her-

mérico, se apoderaron de Galicia, donde reinaron gloriosamente por más de ciento y setenta años, hasta que los despojó de aquel florentísimo reino Leovigildo, rey de los godos. Es asimismo cierto que, no sólo dominaron los suevos la Galicia, mas tambien la mayor parte de Portugal. Manuel de Faria, en el *Epítome de las historias portuguesas* (1), con fray Bernardo de Brito y otros autores de su nacion, quiere, que no sólo fuesen los suevos dueños de la mayor parte de Portugal, mas tambien de cuanto tuvo el nombre de Lusitania, en tanto grado, que, perdida esta denominacion, tomó aquel reino el nombre de Suevia. En fin, tampoco hay duda en que al tiempo que entraron los suevos en Galicia y Portugal, se hablaba en los dos reinos, como en todos los demas de España, la lengua romana, extinguida del todo ó casi del todo la antigua española, por más que, contra las pruebas concluyentes, deducidas de muchos autores antiguos, que alegan Aldrete y otros escritores españoles, pretenda lo contrario el maestro fray Francisco de Vivar, en su *Comentario á Marco Máximo*, en el año de Cristo 516.

Hechos estos supuestos, ya se halla á la mano la causa que buscamos de la identidad del idioma portugués y gallego; y es, que, habiendo estado las dos naciones separadas de todas las demas provincias, debajo de la dominacion de unos mismos reyes, en aquel tiempo precisamente en que, corrompiéndose poco á poco la lengua romana en España, por la mezcla de las naciones septentrionales, fué degenerando en particulares dialectos, consiguientemente al continuo y reciproco comercio de portugueses y gallegos (secuela necesaria de estar las dos naciones debajo de una misma dominacion), era preciso que en ambas se formase un mismo dialecto.

Añádese á esto que el reino de Galicia comprendia en aquellos tiempos buena porcion de Portugal, pues se incluía en él la ciudad de Braga, como consta del *Cronicon* de Idacio, que florecia á la sazón. Así dice en el año de Cristo 447: *Theodorico rege cum exercitu ad Braccaram, extremam civitatem Galicie, pertendente*, etc.

En fin, en honor de nuestra patria, dirémos, que si el idioma de Galicia y Portugal no se formó promiscuamente á un tiempo en los dos reinos, sino que del uno pasó al otro, se debe discurrir que de Galicia se comunicó á Portugal, no de Portugal á Galicia. La razon es, porque durante la union de los dos reinos en el gobierno suevo, Galicia era la nacion dominante, respecto de tener en ella su asiento y córte aquellos reyes. Por lo cual, así los escritores españoles como los extranjeros llaman á los suevos absolutamente *reyes de Galicia*, atribuyendo la denominacion á la corona por la provincia dominante, como ántes de la union con Aragon se llamaban absolutamente *reyes de Castilla* los que, juntamente con Castilla, regian otras muchas provincias de España. Y lo mismo dirémos de los reyes de Aragon respecto de las demas provincias unidas á aquella corona. Siendo, pues, durante aquella union el reino de Galicia asiento de la corona, es claro que no pudo tomar el idioma de Portugal, porque nunca la provincia dominante le toma de la dominada, sino al contrario.

(1) Parte ii, capítulo iii.